

La teoría de la seducción generalizada y la metapsicología

*Conferencia del Profesor Jean Laplanche
27/10/97*

Señor Presidente, queridos colegas, queridos amigos. Me permito emplear inmediatamente esa palabra –amigos– pues el recibimiento que me han brindado desde los primeros minutos ha sido sumamente cálido y amistoso. Esta visita a Montevideo estaba programada desde hace ya varios años, digamos. Finalmente, se concretó hace algunos meses. Sé que ustedes han dedicado lectura y tal vez trabajo a algunos de mis textos. Es mi deseo que estas reuniones sean ámbitos de trabajo y de discusión, donde reine un espíritu de libertad y de crítica.

Las tres conferencias que pronunciaré se refieren a los tres textos cuya traducción en español les fue entregada: “Breve tratado del inconsciente”, “Las metas del proceso analítico” y por último, el texto sobre “Mitos y teorías”. El nexos entre estos tres textos es la idea de “teoría generalizada”. Decir: “teoría de la seducción generalizada” equivale a decir que hay teoría de la seducción y generalización. La teoría de la seducción es una teoría de Freud, muy poco conocida en la actualidad, planteada entre 1895 y 1897, que luego abandona o supuestamente abandona, o que más tarde, según se dice, abandonó. Posteriormente a este abandono de la teoría de la seducción –que en mi opinión es una catástrofe, pero quizá una catástrofe inevitable–, Freud emprendió diferentes caminos intentando soslayar, podría decirse, este defecto inicial. Están por un lado los “*fourvoiements*”, las “falsas vías”. Falsas vías biologizantes y que tal vez deberíamos denominar más bien falsas vías genéticas. Hubo retrocesos y rebotes. Por ejemplo, en el trabajo sobre Leonardo. Pero puede decirse pese a todo que Freud siempre reprimió toda veleidad por parte de sus discípulos de retrotraerse a la teoría de la seducción.

Quienes hoy pretenden volver a la teoría de la seducción en realidad ignoran su contenido y su carácter extremadamente elaborado. Para muchos, la teoría de la seducción quiere decir simplemente: “la seducción es importante”. Y esto, claro está, es

una teoría algo corta. Se dice que Freud, tal vez por razones personales, habría reprimido esa importancia.

Aquí es donde interviene el término “generalizada”, que yo introduje. Esto implica una crítica de Freud, es decir, una cierta manera como suelo decir, de “hacer trabajar a Freud”, pero también, en el transcurso de ese trabajo, de hallar lo que le faltaba a Freud para generalizar esta teoría. No se trata de retrotraernos al Freud de antes de 1897, sino de operar una mutación de su teoría.

Las principales ideas de esta generalización son las siguientes:

- En primer lugar, el primado del otro sexual en general y no sólo, como en la teoría de la seducción, de algunos otros perversos y únicamente perversos.
- El segundo punto es la noción de mensaje, ausente en la obra de Freud; es una noción que ha sido ocultada en nuestros días y casi podría decirse desde el inicio, por la noción de objeto.
- El tercer punto es una nueva teoría de la represión, teoría que denomino “traductiva”.
- Por último, hay un cuarto punto que es una ampliación a las condiciones generales, antropológicas, de la traducción y la represión.

No es mucho lo que permanece incambiado con respecto a Freud, pero se trata de un trabajo interno, respecto del cual me represento la imagen arquitectónica de un “recalce”. Retomando esta metáfora de la construcción, muchos autores que aportan novedades (Klein, Kohut, Bion, etcétera) adoptan la actitud siguiente: “Freud está muy bien; no lo tocamos”, “No se toca lo que él hizo”. Simplemente, no lo vio todo, y es preciso construir al lado, otra ala del edificio. Por ejemplo, el inconsciente está muy bien; lo sexual está muy bien. Pero nosotros vemos algo más: casos no sexuales, casos en que el inconsciente no sirve de nada. Al final, terminamos entonces construyendo otro edificio a un lado y dejando el edificio freudiano intacto, pero desierto.

¿En qué consiste en realidad el descubrimiento freudiano? Se nos repite machaconamente que es la clínica. Una especie de psicopatología al ras de la experiencia, como si todo el freudismo no consistiera precisamente en trascender la experiencia, tendiendo hacia esa X que es el inconsciente. Por lo demás, la observación clínica moderna prescinde a menudo de toda referencia al inconsciente y a lo sexual. Según mi percepción del freudismo, básicamente, el descubrimiento freudiano no es sólo un descubrimiento clínico sino paralelamente, un descubrimiento práctico con sus

consecuencias y una serie de intentos teóricos por dar cuenta de lo que sucede en la práctica. Baste al respecto con recordar la definición básica que Freud propuso del psicoanálisis. Freud dice: “el psicoanálisis es ante todo un método para acceder a fenómenos casi inaccesibles de otro modo”. Mañana me referiré nuevamente al método, es decir, a la cura y a la situación analítica. Hoy hablaré sobre los enfoques teóricos que intentan explicarlas, dar cuenta de la práctica. Estos intentos teóricos son la metapsicología.

¿Qué es una metapsicología, en relación con una psicología? No es una psicología más abstracta; es una teorización del descubrimiento freudiano: el inconsciente, lo pulsional y lo sexual, como aquello que viene a invadir al ser humano. Hasta podría decirse que la metapsicología invade la psicología. El pansexualismo es un proceso, antes de ser una teoría. Una metapsicología es en primer término una teoría de esas fuerzas que nos impulsan y dicha fuerza queda evidenciada por la cura, en el síntoma, en la transferencia y en todos los fenómenos de la propia cura. A esta fuerza la llamamos “la pulsión”, la pulsión sexual, vinculada con los fantasmas.

La metapsicología es también una teoría de lo que Freud llama “el aparato anímico”, término mecanicista un tanto bárbaro, que divide ese aparato en instancias, constituyendo así una “tópica”. No debe olvidarse que la tópica es *un punto de vista*, el punto de vista del hombre sobre sí mismo y hasta me atrevería a decir: el punto de vista del yo. Es el yo quien dice a los otros, y más particularmente, al inconsciente: “Ustedes son instancias, como yo”. De allí la idea falsa según la cual el inconsciente es otro yo, otra personalidad.

La metapsicología de Freud no puede partir pues sino de *la experiencia del inconsciente*, tal como se revela en especial en la cura. Y puede decirse que con la metapsicología de la teoría de la seducción –hablo de la teoría de la seducción, pero todavía no generalizada–, Freud casi había alcanzado la teorización, la mejor teorización, de la cura. Lo que la cura muestra es, en primer lugar, que el inconsciente es dinámico. El inconsciente es ante todo lo reprimido. Al levantar la represión, se libera algo del inconsciente.

El intento ulterior de Freud por reducir el inconsciente a algo innato, atávico, a un fondo instintivo presente en el hombre, dicho intento es una caída en la ideología. Tendré oportunidad de volver sobre este tema el miércoles y el jueves. No hay animal alguno en el fondo del inconsciente, salvo aquél que nosotros mismos pusimos en él por la represión. Lo que la cura muestra (siempre que sigamos el método analítico, método de libre asociación y método de no-saber), es que el inconsciente *no es un sentido* que

pueda superponerse al sentido consciente. No es un sentido pasible de lectura; surge en la cura, actúa en la vida como una especie de *realidad*. Subsiste junto a la representación consciente que infiltra, no queda reducido por la sola toma de conciencia. Es eso lo que yo llamo “tesis del realismo del inconsciente”, que era, podría decirse, la base de todo mi desarrollo teórico desde el año 1963.

Más adelante introduje la categoría del *mensaje*, pero no para calificar el inconsciente. El inconsciente no es un mensaje. No es discursivo. En un lapsus, en un sueño, en un síntoma, en la cura, interviene como el perturbador pulsional, pero no tiene nada que decir. Como ven, en este punto me opongo formalmente a la expresión de Lacan, para quien “*ça parle*” (el ello habla), o también que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Aquí Freud tiene razón contra Lacan de hablar de un “ello” casi sobre el modelo de una cosa. Freud no habla jamás de un sujeto del inconsciente. El término “ello” es un término excelente, siempre que no le demos un origen biológico y genético. *El “ello” se convierte en un “ello”* como resultado del proceso de represión.

Pasemos ahora al modelo *traductivo*. Sin duda ese modelo se inspiró en una observación de Freud: algunas líneas de una carta a Fliess y también algunas líneas del Moisés. Es un modelo que yo mismo desarrollé ampliamente, pues me parece particularmente apto para dar cuenta de la génesis del ser humano. Y quizás también, de la evolución de cualquier ser viviente frente a otro ser vivo de su misma especie. El error de los filósofos es poner al humano frente al mundo. *El recién nacido está en primer lugar ante el otro humano*. Y si algo debe interpretar o traducir, no es una realidad material, sino más bien la realidad que el otro le propone. Aquí reaparece la categoría del mensaje, pues el problema no es: cómo percibimos el mundo como otro (y es preciso desterrar por completo la mitología del tema separación-individuación), sino que el problema es: cómo traduzco, cómo elaboro un pensamiento más o menos coherente, a partir de lo que el otro me dice.

Como ustedes se habrán dado cuenta de inmediato, en lo que el otro me dice incluyo muchas cosas que no son palabras verbales. En esta capacidad de traducción, hay en el animal una parte importante de innato y en el hombre, una parte inmensa de cultural: lo que yo llamo “códigos de traducción”.

Si nos atuviéramos únicamente al campo de la autoconservación, tomada en el sentido amplio, habría en el pequeño humano un proceso armonioso de apropiación de los mensajes adultos. Esto, siempre y cuando el mundo adulto fuera armonioso. Pero precisamente, esa apropiación adecuada, sin residuos, no se produce en el campo de lo

sexual. En efecto, es un error pensar lo sexual humano según el modelo de un desarrollo armonioso. Podría pensarse que inicialmente hay una sexualidad innata, que va desarrollándose por contacto con el entorno. Pues bien, es necesario invertir el planteo; lo diré con una fórmula que tendré ocasión de desarrollar el jueves: en el pequeño ser humano, lo innato no es la base de lo adquirido; lo innato aparece después de lo adquirido.

Aquí es donde debemos hacer intervenir el inmenso campo de la sexualidad infantil, tal como fue descubierta por Freud. Sexualidad esencialmente pregenital, o como también se dice, genital infantil. Esta sexualidad propiamente humana se desarrolla por la vía del fantasma. Y resulta muy improbable que pueda un día descubrirse en ella un mecanismo endógeno, hormonal, por ejemplo. Nosotros postulamos en el niño pequeño, como en muchos otros animales superiores, una capacidad de traducción. *¿Pero cuál es el mensaje en el hombre?* Es en este punto donde aparece la noción de seducción como correlativa de una perversión del adulto. Pero una perversión necesaria, inherente a la sexualidad humana, de tal modo que uno de los errores de Freud en su teoría de la seducción, fue no haber tenido en cuenta la generalidad de la errancia sexual en el adulto.

Los mensajes adultos son gestos, comportamientos, a veces mensajes verbales, pero necesariamente infiltrados por el inconsciente sexual del adulto. El mensaje vital, autoconservativo, el mensaje afectuoso del adulto, está comprometido por el despertar de su propia sexualidad fantasmática. La relación adulto-bebé es particularmente excitante para la fantasmática del adulto. El padre, el adulto que brinda atención al niño, sufre un despertar de su sexualidad más primitiva.

Es aquí donde se plantea el tema de la pedofilia y de la pedofilia adulta. Es obvio que la teoría de la seducción generalizada debe ser puesta en relación con este problema y que podemos decir una serie de cosas al respecto. Sin exponer el tema, diré sin embargo dos cosas: la primera, es que existe una pedofilia universal del ser humano, que despierta sobre todo en presencia del niño. Digo esto para relativizar la caza de brujas de quienes asumen el aspecto respetable de defensores de la infancia. Lo que solicitamos que se reprima, lo que el público pide que se reprima, es *nuestra propia* criminalidad y nuestra propia pedofilia latentes.

El segundo punto es que para evaluar toda la gradación de los actos de pedofilia, no podemos prescindir de la categoría del mensaje. ¿Qué parte de mensaje, qué parte de comunicación subsiste en los actos más extremos? Me limitaré a mencionar estas dos indicaciones.

Volviendo ahora a los casos más frecuentes y al problema de la metapsicología, lo que yo denomino “mensaje enigmático” o “mensaje comprometido por el inconsciente”, es un mensaje cuyas claves no maneja ni siquiera aquél que lo emite. La traducción es una tentativa por dominar, por simbolizar, pero este dominio y esta simbolización son necesariamente imperfectos, porque el mensaje es necesariamente ambiguo. Entre esos numerosos ensayos de traducción, entre esos numerosos códigos, se encuentra lo que Freud llama “teoría sexual infantil”.

Para aclarar una vez más las cosas, yo no digo que la represión sea una traducción. La traducción participa en la construcción del yo. La represión no es la traducción, sino el fracaso de la traducción. Lo reprimido es el resto no traducido de esa traducción imperfecta. Y la traducción somete esos restos a un tratamiento muy extraño, separándolos de su contexto, despojándolos de su significación. Lo cual acaba siendo una única y misma cosa, pues toda significación depende de un contexto y cuando se suprime el contexto de un significante, verbal o no verbal, se pierde al mismo tiempo su significación. A eso le llamo “significante des-significado”, y lo asocio con lo que Freud llamaba *Sachvorstellung*, no una representación de la cosa, sino una representación “en forma de cosa”.

Volveré a insistir sobre un punto que desarrollé en mi texto “Breve tratado...”: se trata del tema de la memoria. Freud –y en general, la mayor parte de los que hablan del inconsciente– se refieren a la idea de una memoria inconsciente, paralela y comparable a la memoria consciente. El inconsciente no sería sino una especie particular de memorización. Ahora bien: toda memoria es una integración, una puesta en forma, y hasta una organización en relato. Traten de recordar lo que Uds. hicieron ayer a las 10 y 30: ello sólo es posible si nos referimos a indicadores espaciales y sobre todo, temporales, también sociales. Un libro ya antiguo, publicado hace varias décadas, titulado “*Les cadres sociaux de la mémoire*” (Los marcos sociales de la memoria) mantiene aún hoy cierta vigencia. Pero justamente, el inconsciente es lo que ha escapado a esa puesta en memoria. Es desde el principio errático, descontextualizado. Es aquello que no ingresa en los marcos del yo. Me repetiré una vez más: la caída en el inconsciente no es ni una traducción ni una memorización. Es el fracaso de toda memorización. Dos términos de Freud nos orientaban en esa dirección: el de cuerpo extraño interno y el de reminiscencia. Como ustedes saben, el término reminiscencia, creado por Platón, es por así decirlo una memoria sin su origen, desprovista de todo marco, podría decirse una especie de recuerdo sin pedigree. Freud describió en repetidas ocasiones las características del inconsciente. Y finalmente, considera con desprecio la

objección que se le plantea de que nuestro único acceso al conocimiento sería la conciencia, de modo que “conocer el inconsciente” sería una contradicción. Tal contradicción es sólo aparente, en primer lugar por una razón general: nuestro conocimiento no es prácticamente nunca un conocimiento inmediato, un conocimiento empírico. Todo objeto científico es una construcción. El átomo fue construido por los matemáticos varios decenios antes de haber sido apreciado en el microscopio electrónico. Las partículas que descubren los atomistas apenas son visibles por huellas ínfimas; deben ser reconstruidas. Los famosos “agujeros negros”, que absorben la luz, son invisibles por definición. Para volver al inconsciente, el texto de Freud: “*Pegan a un niño*” afirma efectivamente que el estadio inconsciente, el fantasma inconsciente que él formula así: “Mi padre me pega” se construye a partir de la génesis de la estructura del caso, pero no es de ningún modo accesible a la conciencia. Freud llega a decir, en una extraña fórmula, que es “incapaz de existencia” (*existenzunfähig*).

En consecuencia, el inconsciente no puede ser memorizado, por ser lo que escapa a toda puesta en memoria, pero nada impide que en ciertos casos, tal o cual significante inconsciente irrumpa en la conciencia fenomenal. Es un bloque errático, tal como ya lo indica el término de Freud, “reminiscencia”. Sea como fuere, Freud tuvo mucha *razón* en no dejarse detener por esta objeción del sentido común: “¿cómo podría conocerse lo desconocido?” y en aspirar a describir las características de su objeto invisible. Destacaré dos de esas características, con el fin de mostrar que lo descrito por Freud puede hallar una explicación en la teoría traductiva. Esas dos características son, por un lado, la intemporalidad del inconsciente, y por otro, la ausencia de coordinación y de negación. El inconsciente es, según Freud, *intemporal o atemporal*. Sugiero que se conciba el movimiento de traducción como un movimiento al mismo tiempo de temporalización. Es el modo en que el sujeto se forja una narración, o más exactamente, varias narraciones, de lo que le llega del otro. Pueden efectivamente emplearse con toda justicia las nociones de narratividad y temporalización, con la condición de ubicarlas correctamente, cosa que en mi opinión no hacen ni los partidarios de la narratividad, como Spence, ni los adeptos de la temporalización, como Heidegger. Sí, es el sujeto quien se temporaliza, pero no en relación con el mundo ni en una autoelucidación de su propia existencia. La temporalización debe asimilarse con ese movimiento de traducción a partir de los mensajes emitidos por el otro.

El inconsciente sería entonces aquello que queda excluido de este trabajo, que elabora una estructura del yo, en particular, con sus marcos temporales, pero también espaciales y sociales. El inconsciente es a-temporal, así como también es a-espacial y a-

social. Tal afirmación sólo puede resultar chocante para quien no haya entendido que la represión no es una integración, sino una verdadera expulsión de residuos (“*mise au rebut*”). He llegado a decir incluso que los términos “atemporal” e “in-actual” habrían podido ser denominaciones tan buenas como la palabra inconsciente.

El segundo carácter, que recojo de Freud, es *la ausencia de coordinación y de negación*. Freud ha insistido constantemente sobre estos caracteres, tanto para hablar del inconsciente como para referirse al ello. Por lo demás, la eventual contradicción con la idea de un ello biológico innato, es evidente. Porque, ¿cómo un ello instintivo, un ello que es centro de fuerzas vitales, podría ser descoordinado? ¿Cómo concebir una inorganización de las necesidades imprescindibles para la vida? Este es un argumento más contra la idea de un ello innato y hereditario.

Incoordinación y ausencia de negación son dos factores muy próximos entre sí. Tomemos un ejemplo: el Complejo de Edipo. El mismo supone una coordinación de los afectos. En el Edipo positivo, hay amor por el padre de sexo opuesto y *correlativamente*, odio y rivalidad hacia el padre del mismo sexo. Las dos mociones se organizan excluyéndose. Ahora bien: lo que comprobamos al nivel más profundo, no es la organización, sino la ambivalencia. Peor aún: la coexistencia sin contradicción. Por ejemplo, amor y odio por la madre.

Aquí cabe puntualizar al menos tres cosas:

- Primero, la teoría traductiva es la que mejor explica esta incoordinación. Lo no coordinado es lo que ha escapado al proceso de codificación, los fragmentos de mensajes no traducidos. Los significantes reprimidos quedan aislados unos de otros por la propia represión, cortados de sus relaciones, despojados de su significación habitual.

- Segundo punto: me sitúo en franca oposición con respecto a la opinión psicoanalítica corriente y en contradicción con Freud, cuando digo que los grandes complejos –Edipo y castración– no constituyen el núcleo del inconsciente. Estoy en contradicción, por lo menos, el propio Freud está en contradicción consigo mismo, es él mismo quien rechaza toda representación negativa en el inconsciente. Por ejemplo, usa este argumento central contra la idea de una presencia de la muerte en el inconsciente, en su texto llamado: “*De guerra y muerte. Temas de actualidad*”. Sin embargo, la castración, del mismo modo que la muerte, implica la negación. Hasta podría sostenerse que la castración es el modelo, el molde donde se forma la negación lógica: o fálico, o castrado, o más exactamente, fálico o no fálico. Ahora bien: el inconsciente no conoce el “o... o”; él yuxtapondrá los términos: fálico y castrado. O también, dentro del Edipo, yuxtapondrá: “sé como el padre” y “no seas como el padre”. Tomemos otra formulación

más: “la madre está prohibida”. En buena lógica, es esperable que todas las otras mujeres sean permitidas. Pero muy a menudo, tenemos en el inconsciente “la madre está prohibida, portante, todas las mujeres son prohibidas”. Dicho en otras palabras, Edipo y castración son grandes organizadores de lo sexual inconsciente no domeñado y de la angustia que allí se origina. Son sistemas vinculares, códigos en extremo poderosos. Como tales, pertenecen al yo; como tales, no son sexuales, sino que están destinados a dominar lo sexual.

En tercer y último lugar, el inconsciente es lo desligado, lo intemporal, lo no discursivo, lo sin contradicción. Esta afirmación debe temperarse a la luz de la siguiente idea: sólo en el nivel más profundo se alcanza su máxima desligazón, es decir, en el nivel de lo reprimido primario originario. Eso reprimido originario, esa sexualidad desligada corresponden a lo que Freud creyó poder denominar “pulsión de muerte” y que yo por mi parte llamo “pulsión sexual de muerte”. Ese inconsciente es como una quintaesencia de alteridad, una suerte de otro interno cuyo origen es el otro externo. Pero el pasaje del otro externo al otro interno se produce mediante una profunda mutación que es justamente el proceso traductivo. ¿Cómo puede ese otro interno, encerrado, llegar a una apertura? Volveremos sobre este particular mañana.

Para concluir me referiré a lo que debe ser una refundación, un nuevo fundamento de una metapsicología. Una *metapsicología de la pulsión*, en primer lugar. La fuente de la pulsión no puede buscarse en ningún otro lado sino en los significantes des-significados reprimidos. Eso es lo que en algún momento denominé “objetos fuentes”. La pulsión no es el instinto, está ligada con los fantasmas; su punto de partida, su fuente, es el fantasma. Para retomar la idea de Freud de una exigencia de trabajo, diré que la pulsión es la exigencia de trabajo ejercida sobre el yo por las representaciones cosas inconscientes reprimidas. Ya he subrayado que la pulsión de origen adquirido, interpersonal, que se origina en el otro, debe cruzarse, lograr un compromiso con el instinto sexual endógeno, genital y puberal. Pero el psicoanálisis nos muestra que en ese compromiso, el elemento determinante es la pulsión. La pulsión es capaz de modificar, inhibir y en todo caso, orientar el instinto.

Fuera de toda refundación de la pulsión, la metapsicología debería proceder a una refundación de *la tópica*. Las grandes instancias freudianas: ello, yo, ideales, superyo, deben ser inventariadas, pero también ellas, fundadas, a partir de la teoría de la seducción generalizada. Me he extendido largamente sobre el ello, su origen y sus caracteres. He aludido al yo, la única “verdadera” instancia que pretende ser el todo, mientras es cuestionada por las otras. La tópica es una idea del yo.

El yo es una instancia unitaria; su tendencia a la síntesis presenta al menos dos fuentes:

La primera fuente es su aspecto gestáltico: el yo es una forma que se impone en cierto modo como lo hace una forma perceptiva. Esta forma encuentra su origen en la percepción de la forma unitaria del cuerpo del otro. Aquí me refiero evidentemente a los aportes de Lacan con su estadio del espejo.

La otra forma en que el yo establece una unidad es proponiendo e imponiendo vínculos significantes. Es lo que hemos llamado “traducción implícita de los códigos”, que por lo general son ideologías.

Subrayemos también que el carácter absolutamente heterogéneo de lo que Freud llama “instancias” se confirmaría con el superyo. Ya en sus primeras descripciones, en *“Introducción del narcisismo”*, Freud insistió en los aspectos siguientes del superyo: mensajes verbales recibidos por el individuo, mensajes de aspecto persecutorio y mensajes que adoptan la forma de imperativos categóricos. Y por imperativos categóricos hay que entender, de acuerdo con la propia concepción de Kant, que los mismos no se fundan sino sobre sí mismos. No pueden formar parte de una deducción; no hay que decir: “Debes porque... debes hacer el bien”, sino: “Debes porque debes”. Con mis propias palabras, diré que el imperativo categórico es imposible de metabolizar o traducir. Su origen podría buscarse probablemente por el lado de cierto tipo de mensajes. No mensajes mal traducidos, porque todos lo son, sino mensajes no traducidos, y tal vez, intraducibles. Esto plantea el tema del parentesco entre el superyo y la psicosis, parentesco que el mismo Freud había subrayado desde sus primeras páginas en ese texto que acabo de citar. Me detendré por el momento con esta última idea.

Descriptor: METAPSICOLOGÍA / INCONSCIENTE / REPRESIÓN